Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

VIVE EN GRACIA
No seas cadáver ambulante

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

Depósito legal: M. 15.574-2010
ISBN: 978-84-7770-130-9
Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)
Impreso en España / Printed in Spain

PRESENTACION

Queridos lectores: He escrito ya un par de libros en los que he expuesto un breve concepto de la gracia divina (que es la que viene a hacer que vivamos en amistad con Dios), y estos son: "La Buena Noticia" y "Siembra el bien"; pero ante la petición de mi buen amigo Dn. Andrés Codesal, el director del Apostolado Mariano de Sevilla, que me escribe diciendo la agradaría mucho hiciese un libro que tratase sólo expresamente de la gracia, tengo que deciros que visto su interés y reconociendo la importancia de este tema, me he decidido a hacerlo y aquí lo tenéis.

Dios quiera que haya logrado, como lo prentendí, ponerlo al alcance de todos.

Todos debemos saber que a la vida de la gracia, que nos salva se opone el pecado mortal, el cual se llama así porque da muerte al alma. Por eso el que vive en pecado mortal es como un cadáver ambulante y se cumplen en él lo que leemos en el Apocalipsis: "tienes el nombre viviente, pero en realidad estás muerto" *(3, 1). Y ¡cuántos cadáveres hay en la actualidad, que andan por las calles de nuestros pueblos y ciudades!*

Ante todo he de hacer presente a mis lectores que en la composición de este libro (que viene a ser como un breve compendio del tratado de la "Teología sobre la gracia"), he utilizado entre otros el titulado

"Vive tu vida" de M. M. Arami, que recomiendo por la amplitud de conceptos que expone con mucha claridad.

Mi mayor deseo es que todos comprendan el gran valor de la gracia santificante y la sepan apreciar como el gran don de Dios, y por él le den la gloria y las alabanzas debidas, por cuanto El, "Señor y Dios nuestro, es digno de recibir la gloria, el honor y el poder por ser el Creador de todas las cosas" (Apoc. 4, 10-11).

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 20 febrero 1988

LA GRACIA

La doble vida del hombre

Hay en nosotros una doble vida: la vida natural y la vida sobrenatural.

1) *¿Qué es la vida natural, la que el mundo llama vida?* La Sagrada Escritura al hablar de la vida del hombre, dice: "La vida es un vapor que se desvanece..." (Sant. 4, 14): La vida es breve. "El hombre nacido de mujer vive corto tiempo... (Job. 14, 1), mi vida se acaba..., mi vida es un soplo...", dice el Santo Job (17, 1, 77). Nuestra vida son 70 años, 80 los más fuertes... y al fin pasan aprisa y desaparecen (Sal. 90, 10).

Lo que sabemos, pues, de cierto es que nuestra vida presente es breve y que el fin de esta vida natural es la muerte.

El hombre consta de cuerpo y alma, y *un cuerpo y un alma* es lo que constituye al hombre en el orden natural, y como el cuerpo muere cuando el alma se separa del cuerpo, cabe preguntar: ¿Acaso queda todo reducido a la nada? El fin de mi vida ¿es la tierra o el cielo?, ¿es el tiempo o la eternidad? Si no esperásemos otra vida mejor después de ésta, la presente no merecería el nombre de vida, y tendríamos que decir: esta vida es la muerte.

¿Que hemos de decir a esto? Ateniéndonos a la misma Escritura, que es el libro de la revelación divina, no todo termina aquí, hay un más allá, hay un cielo en que mis trabajos y cuidados tendrán una recompensa eterna, con tal que viva en gracia de Dios, o sea, la vida sobrenatural.

2) *¿Qué es la vida sobrenatural, esa vida en la que un día tendré una recompensa eterna?* Después de saber que *un cuerpo y un alma* es lo que constituye al hombre en el orden natural, tenemos que decir, que el cuerpo y el alma, o sea, al hombre en sí, le falta una añadidura para que quede constituido en el orden sobrenatural. Esta añadidura es *la gracia santificante*.

En consecuencia: Un cuerpo y un alma es el hombre en el orden natural, y *un cuerpo y un alma, más la gracia santificante* es el hombre en el orden sobrenatural.

Notemos que lo *sobrenatural* es lo que sobrepuja a la naturaleza, o sea, lo que está por encima de ella y excede sus exigencias, y en una palabra lo que no nos es natural, y, como añadido a nuestra naturaleza, es *sobre-natural*. ¿Cómo podremos explicar con claridad qué es esta su gracia?

La gracia es un don sobrenatural

Ante todo, en un sentido amplio, podemos decir que por "gracia" entendemos cualquier don o beneficio de Dios, que puede servir para nuestra *felicidad terrena* vg. la creación, la vida, la salud, la educación cristiana, etc y todos los favores que el Señor nos ha concedido durante nuestra vida son otras

tantas gracias, que están pidiendo nuestro contínuo y más profundo agradecimiento. Toda "gracia" como su nombre lo indica, es un don que se nos concede "gratuitamente". San Agustín lo dice así: "La gracia se da gratuitamente, porque si no fuera gratuita, no sería gracia".

Además de estos dones o gracias naturales existe el *don sobrenatural de la gracia divina*, que nos eleva por encima de nuestra naturaleza, como el injerto que da el árbol una naturaleza y una vida nueva.

La comunicación de la gracia tiene muchas relaciones con el injerto de las plantas: porque 1.°, así como se pone el injerto de un árbol excelente sobre un arbusto estéril para que produzca abundantes y deliciosos frutos, así también la gracia nos hace producir a nosotros, árboles silvestres y estériles, numerosos y excelentes frutos de buenas obras... 2.° Se corta el injerto de un árbol bueno para introducirlo en el malo; así viene la gracia del cielo al corazón... 3.° Se corta una rama del árbol silvestre para reemplazarla con la rama productiva; así también la gracia destruye en nosotros al viejo Adán, poniendo en su lugar a Jesucristo que es el nuevo Adán...

4.° La rama que se adapta al árbol toma su savia y se une a él perfectamente; así, por medio de la gracia nos hallamos incorporados a Jesucristo, unidos, transformados, divinizados... 5.° y finalmente, el árbol silvestre y estéril no produce nada o poco, y aún los frutos que produce son amargos y excelentes al paladar; así debe producir la gracia en nosotros frutos de buenos ejemplos...

La gracia o don sobrenatural que Dios nos da es en atención a los *méritos de Jesucristo*. ¿Qué significa esta expresión: *méritos de Jesucristo*? Para enten-

derla bien tenemos que remontarnos a la creación del hombre y recordar como fue esta creación.

Dios, suma bondad, creó a nuestros primeros padres, Adán y Eva, con el deseo de que fueran felices viviendo en su amistad. Una vez creados, los adornó con la gracia santificante y los dones de inmortalidad, dominio de las pasiones y exención de dolores y enfermedades, dones que habían de heredar sus descendientes, siempre que permanecieran fieles a los mandatos de Dios, su Creador.

Ellos, creados *a imagen de Dios*, vivían en amistad y en paz con El y gozaban de su familiaridad divina (Gén. 2, 25), pues "desnudos en el paraiso", vivían como los ángeles de Dios sin ruborizarse" (S. Crisóstomo) y se comunicaban con El...; pero dando oídos al diablo tentador, desobecieron a Dios, quebrantando su precepto, comiendo del árbol prohibido, y "se esconde de Yahvé Dios entre los árboles" (Gen. 3, 8).

Al momento oyeron la voz de Dios, que dirigiéndose a Adán, como cabeza moral y jurídica del género humano, le dice: *"Adán ¿dónde estás?"* (¿A qué estado te ha reducido tu pecado?).

El pecado de Adán, llamado pecado "original" (porque de él trae origen) es el que rompió la amistad con Dios, y por esta ruptura de la amistad divina vuestros primeros padres *perdieron el gran don de la gracia santificante* (el don que los hacía santos y gratos a Dios).

¿Qué podrá reconciliar al hombre pecador con su Dios ofendido? ¿Quién terminará restaurando la vida de amistad con Dios y reconciliará a los hombres entre sí? Solamente Jesucristo, el descendiente de Abraham según la carne, y en el que ciertamente se-

rían benditas todas las naciones de la tierra (Gal. 3, 16) y él, ciertamente, es el que nos ha reconciliado con Dios, mereciéndonos el perdón de los pecados y la gracia santificante, por que *"El no tiene pecado"* (Jn. 8, 46; 1 Jn. 3, 5) y El es *"el que quita el pecado del mundo"* (Jn. 1, 29).

El pecado de Adán fue el que despojó de la gracia santificante a la naturaleza humana, y Jesucristo vino a dárnosla de nuevo en atención a sus méritos.

¿Qué hizo Jesucristo para merecernos la gracia santificante?

Para merecernos esta gracia, Jesucristo padeció la pasión (Véase descrita al final de cada uno de los Evangelios). Fijémonos en estas escenas: En Getsemaní o Huerto de los Olivos: allí se ve invadido por la tristeza y la desolación, y un sudor de sangre mana de su cuerpo... Luego le vemos detenido, encadenado, azotado, arrastrado de tribunal en tribunal, flagelado, coronado de espinas y conducido al Calvario... ¡Cuántos tormentos tuvo que sufrir! Y ¿para qué estas torturas y estas vejaciones? Para alcanzarnos la gracia santificante.

Para merecernos dicha gracia, aceptó Jesucristo el suplicio de la cruz... Subido al Calvario un populacho ávido de sangre, grita sin saber lo que hacían: *caiga su sangre sobre nosotros... Crucifícale, crucifícale...* y se va a cumplir lo que pedían al gobernador romano... En el Calvario le despojan de sus vestiduras y su cuerpo surcado de golpes por las correas de la flagelación, es extendido sobre una cruz. Le clavan primero una mano, luego otra, después los

pies... Levantan la cruz, se rasgan las llagas y chorrea de nuevo la sangre... ¡Qué padecimientos más espantosos! Y este tormento se prolonga durante tres horas... Poco a poco las tinieblas cubren la tierra. Durante esta noche, en medio del gran silencio, sólo el divino ajusticiado deja de oír, de tarde en tarde, su desfallecida voz de moribundo... Se aproxima ya el fin. *"Todo está consumado"* (las Escrituras Santas se han cumplido), exclama Jesús, e inclinando la cabeza, expira.

¿Por qué muere así? para merecernos la gracia santificante. ¿Cuánto pues, vale la gracia santificante? Vale más que el oro, las piedras preciosas y riquezas de este mundo. Vale la vida del Hijo de Dios (Véase M. Arami).

En consecuencia: Jesucristo, muriendo por nosotros en la cruz, ha merecido que este bien sobrenatural o don de la gracia santificante, nos fuera devuelto por la divina bondad. Adán nos la perdió. Jesucristo nos la recuperó, y ahora todas las gracias nos son concedidas por su mediación, en virtud de sus méritos, y por eso concluye la Iglesia todas sus oraciones con las siguientes palabras: *Por Jesucristo Nuestro Señor.*

Y ¿para qué se nos da la gracia? Para nuestra salvación, o sea, para ayudarnos a salvarnos, para que podamos así gozar de la bienaventuranza del cielo, de la misma felicidad que Dios tiene por esencia. No hay otro medio para conseguir el cielo. La gracia es el único camino para ir a él. Sin la gracia, pues, no podemos merecer nada para la vida eterna.

Es la gracia para el alma lo que las alas para el pájaro, pues así como éste no puede volar si no tiene

alas, así nosotros no podemos nada en orden a la salvación si nos falta el auxilio de la gracia.

En consecuencia:

—Dios es quien nos concede este don sobrenatural de la gracia.

—Jesucristo Nuestro Señor es quien nos lo ha merecido.

—La vida eterna es el fin al cual está ordenado este don.

De lo anteriormente dicho, podemos deducir y dar esta definición de la gracia:

La gracia es un don sobrenatural o auxilio que Dios nos da gratuitamente, en atención a los méritos de Jesucristo, para ayudarnos a conseguir nuestra salvación.

Y como Dios nos da su gracia, ya para ayudarnos *a obrar bien,* ya, para hacernos *vivir de su propia vida* de aquí que podamos distinguir dos clases de gracias: la gracia *actual* y la gracia *habitual.*

Esto nos mueve, para una mayor inteligencia y claridad, exponer esta doctrina de la gracia en dos partes, y así procuraremos tratar en la primera de la gracia actual, y en la segunda de la habitual.

PRIMERA PARTE

LA GRACIA ACTUAL

¿Qué es la gracia actual? Es la que tiene el carácter de un *auxilio o socorro transitorio* con el cual Dios *ilustra* nuestro entendimiento y *mueve* nuestra voluntad para obrar el bien y evitar el mal. Entre otros ejemplos: una muerte repentina, un buen libro, un sermón, unos ejercicios espirituales, una buena compañía, un buen ejemplo, etc. son gracias actuales que nos incitan y mueven a obrar bien y salir del pecado, es decir, todas estas cosas son auxilios exteriores que Dios nos concede para la obra de nuestra salvación.

Muchas son las gracias que Dios nos hace con frecuencia. ¡No las desperdiciemos! Un día dijo Sán Agustín: "Temo que Jesús pase de largo...". Si cuando Jesús pasó junto al camino de Jericó, los ciegos que sintieron que por allí pasaba, no hubieran gritado y clamado a Él que se compadeciese para que les diese la vista, allí hubiesen permanecido ciegos.

La gracia actual es transitoria, un *socorro o auxilio del momento* que Dios nos da, en atención a los méritos de Jesucristo, para hacer el bien y evitar el mal. Es una *luz* que ilumina la inteligencia, una *fuerza* que excita la voluntad; pero necesita de nuestra cooperación. Si correspondemos a la gracia ad-

quirimos un mérito; si la resistimos somos culpables. La gracia actual tiende a establecer en nosotros la vida sobrenatural, a desenvolverla haciéndola obrar; pero no es la vida. La vida del alma es, como veremos, la gracia sanficante.

Bajo el influjo de la gracia *actual* nos sentimos interiormente ilustrados e impulsados a creer las verdades de la fe, a practicar los mandamientos divinos, a vencer nuestras pasiones y evitar los pecados, a ejercitar las virtudes, etc. Esta gracia es la que pedía el salmista, cuando decía: *Dame, Señor entendimiento, y examinaré tu ley, y la guardaré con todo mi corazón... Inclina mi corazón a tus preceptos... Guíame por la senda de tus mandamientos* (Sal. 119, 34-36).

Esta misma gracia debemos también pedir nosotros humildamente y con insistencia, reconociendo que somos impotentes, abandonados a nuestras propias fuerzas naturales.

El Espíritu Santo es el distribuidor de las gracias

Conviene tengamos presente que el Espíritu Santo reparte las gracias que Jesucristo nos mereció por el sacrificio de la cruz; mas El no produce nada nuevo, sino hace que prospere y llegue a la perfección lo que el Hijo de Dios había comenzado en nosotros. Hace como el sol, que no trae al campo nuevas semillas, pero cuando amanece temprano y calienta el campo sembrado, hace que las semillas de él nazcan y crezcan.

Las gracias o beneficios que Dios nos hace, sirven, ya para nuestra felicidad terrena, como la sa-

lud, las fuerzas corporales o intelectuales, la hacienda, etc. o para nuestra felicidad eterna, como el perdón de los pecados. Estas últimas gracias han de ser *sobrenaturales*, porque es sobrenatural el fin a que nos ha ordenado Dios Nuestro Señor, como que no es otro sino llegar a participar de su bienaventuranza divina. Estas gracias son especialmente las que Cristo nos mereció en la cruz, y por ser sobrenaturales, ***necesitamos el auxilio del Espíritu Santo*** para alcanzar la bienaventuranza.

Como los méritos del Salvador no se nos comunican sino por el Espíritu Santo, síguese de ahí, que sin el auxilio de éste no podemos alcanzar los frutos del sacrificio de la cruz, ni por consiguiente la felicidad eterna. Por eso dice Jesucristo: *"El que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos"* (Jn. 3, 5).

"Sin luz no es posible la vida, sin bajel no es posible atravesar el mar; sin el Espíritu Santo no se puede llegar al puerto celestial" (S. Macario).

Las fuerzas naturales del hombre no son suficientes para obtener la eterna felicidad, lo cual declaran las siguentes comparaciones:

En un huerto hay un árbol muy alto. El niño levanta sus manos para coger las frutas, pero no llega a ellas. Entonces viene el padre, toma al niño en sus brazos y lo levanta hasta que los alcanza. Lo propio acontece al hombre: por medio de sus fuerzas naturales no puede alcanzar la felicidad sobrenatural; es necesario que el Espíritu Santo le preste su gracia.

Como nuestros ojos no pueden divisar objetos muy lejanos, sino necesitan para ello un telescopio; y nuestros brazos no pueden levantar grandes pesos, sino necesitan de una palanca, así mis débiles fuer-

zas naturales, mi inteligencia y mi voluntad necesitan un auxilio sobrenatural para alcanzar la bienaventuranza. Este auxilio es la gracia del Espíritu Santo, la cual es para el alma, lo que el telescopio para el ojo y la palanca para el brazo.

El auxilio o gracia del Espíritu Santo es *sobrenatural* y sirve para nuestro bien eterno o eterna felicidad. Hay en verdad beneficios divinos, que sirven, como tenemos dicho, para nuestra felicidad temporal, como la salud, la riqueza, etc. los cuales aprendemos a estimar y agradecer a Dios, cuando fijamos la atención en los que carecen de ellos, como los ciegos, enfermos, etc. Pero son estas gracias puramente naturales. El Espíritu Santo nos da gracias sobrenaturales, por tanto encaminadas a nuestra felicidad eterna.

¿Para qué necesitamos la gracia del Espíritu Santo?

Necesitamos la gracia del Espíritu Santo para poder hacer *obras meritorias* para la vida eterna, porque nada podemos sin la ayuda de Dios (2 Cor. 3, 5) *Nuestra suficiencia,* dice San Pablo, *es de Dios.*

Después del pecado original, nos parecemos a un enfermo, que sin ajeno auxilio no puede levantarse de la cama (S. Tomás); a un niño que por sí mismo, no puede valerse, ni lavarse, ni vestirse. Dirige sus ojitos y manecitas a su madre y llora hasta que se apiade de él y le ayuda.

Sin el auxilio del Espíritu Santo nos acaece, a pesar de todos nuestros esfuerzos, lo que a los apóstoles la noche de la pesca milagrosa.

Comparaciones:

—Sin luz no se puede trabajar; así el hombre nada puede hacer sin la luz de la gracia divina. El cuerpo no puede trabajar si no le anima el alma; así no puede el hombre hacer cosas de provecho si no le apoya el Espíritu Santo, que es la vida del alma (San Fulgencio).

—Como la luna no puede alumbrar si no recibe la luz del sol, así el hombre nada puede hacer meritorio sin la luz del Espíritu Santo (San Buenaventura).

—Nuestra alma no produce fruto alguno si no es rociada con la lluvia de la gracia del Espíritu Santo (S. Hilario).

—Sin lluvia no puede crecer ninguna hierba, ni abrise ninguna flor, y la cosecha perece; así el alma no puede sin la gracia, alcanzar ninguna virtud (S. Gregorio Magno).

—Así como la gracia sin voluntad no hace nada, así tampoco la voluntad sin la gracia. Sucede como la tierra, que nada germina cuando no recibe la lluvia; ni la lluvia produce cosa alguna si no cae sobre la tierra (S. Crisóstomo).

—Como la tinta para la pluma, es la gracia del Espíritu Santo necesaria para escribir en el alma las virtudes (S. Tomás).

En consecuencia: Toda obra buena se hace *juntamente* por el Espíritu Santo y nuestra voluntad libre (1. Cor. 15, 10). Es como cuando el maestro que enseña a escribir a un niño, le toma la mano con la suya y ambos a una formar letras. Por eso no hemos de atribuirnos el mérito de nuestras buenas obras. No es la tierra sola la que produce las plantas, sino el sol con la tierra.

Como los movimientos de nuestro cuerpo se atribuyen al alma, que lo vivifica, así hemos de atribuir nuestras buenas obras a Dios, que nos verifica con su gracia (P. Rodríguez). El hombre no se ha de atribuir a si mismo sus buenas obras, como el soldado no se atribuye a sí mismo la victoria, sino al general (S. Valeriano).

Con el auxilio del Espíritu Santo podemos llevar a cabo *las obras más difíciles*. Por eso decía San Pablo: *"Todo lo puedo en el que me conforta* (Fil. 4, 13). ¿Tenían en sí mismos, los apóstoles, las cualidades necesarias para enseñar al mundo? ¿Acaso las tenía David para regir un pueblo? ¿José, para desempeñar la confianza del Faraón? Cierto que no; pero el Espíritu Santo los capacitó para ello.

Las gracias actuales

Antes de hablar de la gracia, santificante, seguiremos hablando de la gracia actual, y debemos reconocer que el Espíritu Santo nos dispensa a todos los hombres las gracias actuales o auxilios, y da a muchos la gracia santificante...

El Espíritu Santo influye a menudo en nuestra vida, ilustrando nuestro entendimiento y fortaleciemiento nuestra voluntad. Esta operación *pasajera* del Espíritu Santo en nosotros es lo que llamamos, como tenemos dicho, la *gracia actual*.

El día de Pentecostés actuó el Espíritu Santo sobre los apóstoles; ilustró sus entendimientos y fortaleció sus voluntades. Antes eran ignorantes (Cristo los había llamado poco antes, tardos en creer y necios: Lc. 24, 25); mas el día de Pentecostés lo sabían

todo perfectamente; antes eran tímidos (se estaban con la puertas cerradas), mas entonces se hicieron como leones y salieron intrépidos (recuérdese como Pedro, que había negado a Cristo ante la acusación de una mujerzuela, se enfrenta al pueblo judío con toda valentía diciéndole: *Vosotros matásteis al Autor de la vida...* (Hech. 2).

El Espíritu Santo hace como el sol. Con su luz se ve la verdadera figura de las cosas, la suciedad que hay en nosotros, y el camino por donde andamos hasta muchas leguas a distancia. (Con la luz del Espíritu Santo conocemos claramente el verdadero valor de las cosas terrenas, nuestros pecados y el fin para que fuimos creados). El Espíritu Santo es una luz que procede del Padre de las luces (Sant. 1, 17).

"La gracia actual es una luz que ilumina y conmueve al pecador" (S. Agustín).

¿Cómo obra el Espíritu Santo sobre nosotros?

El Espíritu Santo obra con *diferentes ocasiones* sobre nosotros: principalmente por la predicación, la lectura de la Biblia y de los buenos libro, en las enfermedades, muertes de personas conocidas, con la vista de los buenos ejemplos y otros muchos casos. Estas son gracias que nos incitan y mueven a obrar y a salir del pecado.

—*San Antonio Abad* (m. 356) oyó predicar el Evangelio del joven rico a quien llamó Cristo, y movido por estas palabras. *"Si quieres ser perfecto, vende los que tienes, dalo a los pobres y sígueme"* (Mt. 19, 21), distribuyó sus riquezas entre los pobres

y se retiró al desierto, llevando vida pobre y sacrificada.

—*San Francisco de Borja* (m. 1572) ante el cadáver de la bella emperatriz Isabel, una vez descubierta la caja donde iba su cuerpo, al verlo tan feo, desfigurado y maloliente, una voz divina trocó su corazón y dijo: "Nunca más servir a señor que se pueda morir", y poco después abrazó el estado religioso, entrando en la compañía de Jesús.

—*En San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús* obró la gracia por la lectura de libros santos: *en San Francisco de Asís,* durante una enfermedad; *en San Norberto* (m. 1134) por un peligro de muerte ocasionado por un rayo; en el hijo pródigo, por la calamidad, etc.

Todos ellos pudieron decir como San Cipriano: Cuando el Espíritu Santo vino a mi alma, me convirtió de una vez en otro hombre nuevo.

Nótese como a veces una sola palabra, un hecho insignificante, produjo en estos hombres tan poderoso influjo y cambió del todo su manera de sentir. Lo cual no puede explicarse sino por la operación divina.

El Padre Astete, gran teólogo, resume así en su Catecismo la doctrina de la "gracia". Después de decir qué cosa sea la gracia santificante, dice:

"Hay otras gracias que llamamos *actuales* o auxilios e inspiraciones, sin las cuales no podemos principiar, ni continuar, ni concluir cosa conducente para la vida eterna. Y éstas son ciertos socorros que Dios nos da para evitar el mal y obrar el bien, como los sermones, los buenos ejemplos, las muertes repentinas; ciertas luces con que Dios ilumina

nuestro entendimiento y unos santos deseos con que excita nuestras voluntades para el bien".

Conviene recordemos que el influjo del Espíritu Santo se ha hecho a veces, por modo *extraordinario*, visible o perceptible. Ejemplos:

—En el bautismo de Cristo se vio la paloma y se oyó la voz del cielo: *Este es mi Hijo amado*... (Mt. 3, 16-17).

—El día de Pentecostés se vieron lenguas de fuego y se percibió el ruido de viento vehemente... (Hech. 2).

—En la conversión de San Pablo (Hech. 9)... También Jesucristo estableció en los Sacramentos, signos sensibles de la infusión de la gracia...

Libertad del hombre bajo la acción de la gracia

El Espíritu Santo no nos violenta, sino que nos deja entera nuestra libertad, es decir, "el hombre es libre bajo la acción de la gracia".

El Espíritu Santo hace con el pecador, como quien echa una escalera al que cayó en un foso; el cual puede subir por ella o quedarse abajo. Es como un guía, a quien se puede seguir o dejar de seguir.

"Si todo es de Dios, dice San Cristóstomo, si todo lo obra su gracia, en vano me exhortáis; en vano me precipáis en el miedo y en el terror, e inútilmente me mandáis diciendo "obedeced", puesto que todo lo obra la gracia. Abrid la Escritura y ella os contestará: *"Desde el principio Dios ha creado al hombre, y lo dejó en manos de su albedrío"* (Eclo. 15, 14). *"He puesto ante ti el agua y el fuego, dice el Señor; extiende la mano hacia lo que quieras. Ante el hom-*

bre están la vida y la muerte, el bien y el mal, y se le dará lo que quiera (Eclo. 15, 17-18). Y en el Deuteronomio: *"Considera que he puesto hoy ante tu vista la vida y los bienes, la muerte y los males, para que ames al Señor, tu Dios, y vivas"* (30, 15-16)". El hombre, pues, debe corresponder a la gracia para que ésta le sea provechosa...

—San Agustín dice: El Espíritu Santo es una luz que procede de Dios, y a la cual podemos cerrar los ojos. Responder o no al llamamiento de Dios, es negocio de la propia voluntad... Dios mueve e incita para que el hombre quiera libremente arrepentirse, amar y hacer el bien.

Dios respeta mucho la libertad humana, y no la destruye aun cuando el hombre la emplee en el crimen (Ketteler).

Cooperación con la gracia

El hombre puede con la gracia del Espíritu Santo *cooperar o resistir* a ella. Saulo se convirtió en el apóstol Pablo, cooperando con la gracia (Hech. 9, 1; Cor. 15, 10); el joven rico la resistió (Lc. 18). Las gentes que el día de Pentecostés se burlaron de los apóstoles, teniéndoles por borrachos, resistieron a la gracia (Hech. 2, 13), así como los que encarnecieron a Pablo, cuando en el Areópago de Atenas anunció el Evangelio y habló de la resurrección de los muertos (Hech. 17, 32).

El que constantemente rechaza el don de la gracia actual, incurre en un grave *pecado contra el Espíritu Santo*, el cual no puede ser perdonado. El tal se asemeja a Satanás que contradice constantemente

a la verdad. Por eso la Escritura nos amonesta: *Hoy, si ois la voz de Dios* (que os llama a penitencia o un cambio de vida) *no endurezcáis vuestros corazones en la maldad (Sal. 95, 8)*.

Una auténtica conversión no se verifica sin la libre cooperación del hombre (Mt. 7, 21; 19, 17).

El que coopera con la gracia, alcanza otras gracias mayores; mas el que la resiste, pierde otras gracias y queda sujeto a un severo juicio. ¡Dichoso aquel que coopera con la gracia!... El siervo que usó bien de los cinco talentos, recibió otros en premio (Mt. 25, 28). Por lo cual dice Jesucristo: *"Al que tiene se le dará y abundará; pero al que no tiene, aun aquellos que tiene se le quitará"* (Mt. 13, 12). ¡Ay de aquel que resiste a la gracia! (Cuán terrible juicio vino sobre Jerusalén el año 70 después de Cristo, por ho haber conocido el día de su visitación, esto es, de la gracia! (Lc. 19, 41). Al que ha rechazado la gracia, miran aquellas palabras de Cristo: *"A ese siervo desaprovechado echadle a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes"* (Mt. 25, 30).

El momento en que se nos ofrece la gracia, es como la crisis en una enfermedad; el que no la aprovecha, puede fácilmente perder la vida. Desgraciadamente muchas gentes suelen rechazar al Espíritu Santo, que obra en ellos (por medio del espectáculo de la muerte, la recepción de los sacramentos, las solemnidades de la Iglesia), oponiéndole las distracciones mundanas (visitas, comilonas, pérdida de tiempo en lecturas profanas, etc.), con que destruyen las gracias recibidas.

Cada uno es libre para cooperar o resistir a la gracia, como es libre para abrir o cerrar los ojos a la

luz. Dios nos trata con respeto como seres racionales y libres, no le agrada ser servido a la fuerza, ni salvarnos sin mérito de nuestra parte.

Dios da a todos la gracia actual

Dios la da a todos los hombres: ya herejes, ya gentiles o incrédulos y a los grandes pecadores, porque, como dice San Pablo, *Dios quiere que todos los hombres se salven''*, y por eso da a todos gracias verdaderamente suficientes para que se salven.

''Los más grandes pecadores, aún lo que están endurecidos en el mal, mientras están en este mundo reciben a intervalos las gracias suficientes para covertirse a Dios''.

Los siguientes textos nos hablan de la universalidad de la gracia o voluntad salvifica de Dios:

— *Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez. 33).

— *Quiere que todos vengan a penitencia* (2 Ped. 3, 9) , y se compadece de todos porque de todos es Señor y Creador (Sab. 24, 27).

— *El ilumina a todo hombre que viene a este mundo* (Jn. 1, 9).

— *Dios, nuestro Salvador, quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Porque uno es Dios, uno también el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo por redención de todos* (1 Tim. 2, 4-7).

Según estos textos, Dios quiere sinceramente la salvación de todos los hombres. Su voluntad salvifica abarca a todos, sin distinción, y a todos llegan los

beneficios de la redención. Siento esto así, también Dios da la gracia necesaria para que consigan la salvación. Y "al que hace de su parte todo lo que puede, Dios no le niega su gracia".

En consencuencia: si Dios no quiere la muerte del pecador, si exhorta a la conversión, tiene que darles la gracia suficiente para que puedan ser salvos.

Conviene notar que el Espíritu Santo no reparte sus gracias por igual a todos los hombres. Así vemos que uno de los siervos recibió cinco talentos, otro dos y otro uno (Mt. 25, 15). El pueblo judío recibió mayores gracias que los gentiles, la Madre de Dios más que los otros hombres. Las ciudades de Corozaín y Betscida recibieron más beneficios que Tiro y Sidón; Cafarnaún más que Sodoma (Mt. 11, 31)...

Como podemos, pues, observar, si Dios concede a todos las gracias necesarias para llegar al cielo, no las da en una misma medida. En el orden sobrenatural da a unos más que a otros, a fin de que haya variedad en sus obras. Y no hay injusticia en esto, porque El es dueño de sus dones y no debe nada a nadie. Y si alguno se condena, no es por falta de gracia, sino por no haber cooperado a la gracia.

Hay gracias comunes, de las que participan sin diferencia todos los hombres. Las hay particulares, que Dios otorga a algunas almas que destina a ministerios especiales... Muchas gracias se pueden recibir por efecto de las oraciones de los otros y por la fiel cooperación a la primera gracia. San Agustín alcanzó, por las oraciones de su madre Mónica, más gracias que muchos otros centenares de hombres; igualmente San Pablo, por la oración del mártir San Esteban. Los santos apóstoles siguieron la gracia de

la vocación de Cristo, y por esto alcanzaron luego tantas otras gracias.

Cuanto más gracia ha recibido uno, tanto será mayor *su responsabilidad* (San Greg. Magno). Al que se le dio mucho, mucho se le pedirá (Lc. 12, 48), dice el Señor.

También hemos de advertir que el Espíritu Santo *no obra constantemente* de la misma manera sobre el hombre, sino a sus tiempos. Es como la lluvia; no siempre llueve, ni siempre con la misma fuerza. Por eso dice San Pablo a los cristianos: *"Ahora es el tiempo aceptable (de la gracia), ahora son los días de salvación" (2 Cor. 6, 2). Y en otro lugar: "Ya es hora que nos levantemos de nuestro sueño"* (Rom. 13, 11).

Considérese la parábola de los trabajadores de la viña, en la que se ve que Dios llama a veces a unos trabajadores sólo una vez (Mt. 20).

Bien podemos decir que son tiempos de mayores gracias vg. el tiempo de Cuaresma, el tiempo de misiones o ejercicios y de jubileo...

¿Cómo se alcanzan las gracias actuales

Dios da las gracias por los medios ya dichos, pero nosotros las podemos alcanzar fácilmente haciendo buenas obras, pues todos las podemos realizar, y es más, el hombre *en pecado mortal* o sin gracia santificante, puede realizar algunas obras moralmente buenas, o sea, conformes con la razón y la naturaleza humana como tal. Esto lo niegan los protestantes. Según ellos, la naturaleza humana fue de tal manera corrompida por el pecado original que

cuanto haga el hombre en el orden moral es siempre y necesariamente pecado, ya que dimana de una raíz mala y viciosa. La voluntad del hombre dicen que carece de libertad y, por sí misma no puede hacer otra cosa que pecar.

Mas contra esta doctrina hablan los siguientes textos bíblicos, en los que podemos ver que Dios exhorta a los pecadores a obrar bien y alaba las obras una vez hechas. Por tanto el pecador puede hacer algunas obras buenas.

Veamos algunos ejemplos:

—Dios exhorta a los pecadores a que oren (Eclo. 21, 1).

— Les recomienda que hagan penitencia y den limosna (Ez. 18, 30; Dn. 4, 24).

— Una vez hechas las obras, las alaba: la oración del impío Manasés (2. Cr. 33).

— La oración del publicano (Lc. 18, 13 ss.)...

En consecuencia: podemos alcanzar fácilmente gracias actuales haciendo buenas obras, como orar, ayunar o dar limosna; además por el uso de los medios de santificación de la Iglesia, vg. oyendo con devoción la santa Misa y la palabra de Dios...

La gracia de Dios no podemos propiamente merecerla con nuestras obras, pues entonces ya dejaría de ser gracia (Rom. 11, 6); pero las obras buenas son necesarias para que se nos conceda, porque, como dice San Agustín: "Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti".

Cuando el mendigo extiende la mano para implorar una limosna, esta acción no le da derecho a ella, pero es necesaria para que la reciba. Lo mismo sucede con la gracia de Dios. No por las obras que

nosotros hicimos, sino por su misericordia nos salvó (Tit. 3, 5).

Con todo, cuando hacemos muchas obras buenas alcanzamos más fácilmente la gracia. El Espíritu Santo reparte a cada uno como quiere (1 Cor. 12, 11); pero también según la preparación y cooperación de cada uno (Conc. Trento).

En particular, sabemos que es muy eficaz la "oración al Espíritu Santo", pues el Padre celestial da su buen Espíritu a los que se lo piden" (Lc. 11, 13). Igualmente es muy eficaz la "oración a la Madre de Dios", pues María es la "llena de gracia" y la Dispensadora de las gracias divinas.

Asimismo el retraimiento del mundo y la soledad, en la cual Dios habla a nuestro corazón (Os. 2, 14) y la mortificación de los sentidos exteriores (represión y de la curiosidad, cuidado de evitar palabras ociosas) son medios principales para obtener las gracias actuales.

Los apóstoles nos dan ejemplo de esto cuando, antes de Pentecostés, se retiraron al Cenáculo donde esperaban el Espíritu Santo.

Necesidad de la gracia actual

La gracia actual *interna* nos es tan necesaria que sin ella no podemos empezar ni llevar a cabo ninguna obra buena. Como el pájaro no puede volar sin alas, así nosotros no podemos hacer actos sobrenaturales ni hacer nada en orden a nuestra salvación sin el auxilio de la gracia actual interna.

El hombre pecador no puede con solo sus fuerzas hacer ningún acto saludable o meritorio de la vi-

da eterna, sino que necesita dicha gracia interna de Dios. Esta doctrina es de fe definida en los Concilios de Orange y Trento, en los que se nos dice que "para todos los actos saludables es necesaria la gracia interna". Y es tan necesaria que sin ella no podemos empezar ni llevar a cabo ninguna otra buena.

La iluminación *mediata del entendimiento que se realiza naturalmente por medios externos,* cuales son: la doctrina revelada, la predicación, lecturas, sermones, etc. no basta para hacer actos saludables o buenos y meritorios de vida eterna, sino que es necesaria una *iluminación interna e intrínseca* del entendimiento y también del fortalecimiento o impulso de la voluntad, pues "el hombre por la fuerza de la naturaleza, sin iluminación o moción del Espíritu Santo, no puede pensar como conviene algo bueno que se refiera a la eterna salvación, ni puede escogerlo ni puede sentir a la predicación del Evangelio" (Con. II Orange).

Los textos bíblicos siguientes comprueban lo dicho:

— *No es que nosotros seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra su ficiencia viene de Dios* (2. Cor. 3, 5).

— *Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar* (Fil. 2, 13).

— *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos... Sin Mi NADA podéis hacer* (Jn. 15, 5).

En este último texto se nos dice que aun el justo para realizar actos saludables necesita el auxilio interno de la gracia actual.

Bajo la imagen de *la vid y los sarmientos* se nos enseña que sin Cristo nada podemos hacer en orden de la salvación. Aquí se establece comparación en-

tre la vid y los samientos, entre Cristo y los hombres. Ahora bien, los sarmientos sin la vid no pueden físicamente tener actividad alguna, y esto mismo hemos de decir del hombre que no esté unido a Cristo, que es la Vid en orden de salvación, pues de El parte el influjo sobrenatural de la gracia, sin la cual no es posible "llevar o hacer fruto", o sea, hacer actos meritorios ni saludables, pues "sin Mi NADA podéis hacer" que valga para el cielo.

Los medios deben ser proporcionados al fin: pero el cielo es un *fin sobrenatural;* luego para obtenerlo se necesitan *medios sobrenaturales*. Estos medios son nuestras *buenas obras*. Luego es necesario que nuestras obras sean *sobrenaturalizadas* por la gracia. El pájaro sin alas, como tenemos dicho, no puede elevarse por los aires, y el hombre sin la gracia no puede subir al cielo.

Nadie puede hacer una *obra buena* para la vida eterna, sin el impulso de la gracia actual.

En consecuencia: se necesita la gracia interna de Dios, a la que se ordena la externa como a su fin. Los elementos externos nada aprovechan al sarmiento, si éste no está unido a la vid y su savia vital. Así nada aprovecha el hombre si éste no permanece internamente unido a Cristo. Sin el auxilio divino de la gracia no podemos creer, ni esperar, ni amar, ni orar, ni arrepentirnos, ni hacer la menor obra buena (1 Cor. 12, 3; Con. Trento).

SEGUNDA PARTE

LA GRACIA HABITUAL O SANTIFICANTE

Importancia de este tema

El tema de la "gracia" y su valor es uno de los más importantes, porque Jesucristo vino a la tierra para que las almas tuvieran vida (Jn. 10, 10), la vida sobrenatural o vida de la gracia.

Antes de dar una definición completa de la gracia santificante, diremos en general que es un don de Dios, es la vida sobrenatural del alma, es como una luz que con su resplandor borra las manchas del alma.

La gracia "habitual" es aquella por la que el hombre se "santifica" y se "justifica"; de ahí que reciba tres nombres:

1) *Habitual* porque permanece en el alma como un "hábito".

2) *Justificante*, porque nos justifica borrando los pecados que nos hacían enemigos de Dios. Nos hace pasar del estado de pecado al estado de gracia.

3) *Santificante*, porque nos comunica una nueva vida sobrenatural, que nos hace santos y gratos a Dios.

La gracia santificante se diferencia de la gracia actual en que es una cualidad o don especial que

permanece en el alma y *no un auxilio transitorio* o como de paso, ni tiene por fin ayudarnos a producir actos de virtud, sino darnos una vida sobrenatural, como el alma da al cuerpo la vida natural.

San Agustín dice: "El alma es la vida del cuerpo, y Dios es la vida del alma... El cuerpo muere cuando está separado del alma; y de la misma manera muere el alma cuando llega a estar separada de Dios", o sea, de su gracia, pues "la gracia es el alma del alma".

La gracia es la respiración del alma. La respiración de la gracia es tan necesaria al alma, como la respiración del aire es necesaria al cuerpo. Todo lo que la respiración presta al cuerpo, la gracia lo presta al alma...

Cuando el pecador coopera con la gracia actual, el Espíritu Santo penetra en su alma y le presta una belleza, que le atrae la amistad de Dios. Esta hermosura, que permanece en el alma en virtud de Espíritu Santo que en ella habita, es lo que llamamos *gracia santificante*.

Si se deja que el fuego obre libremente sobre el hierro, penetra en él y le comunica cualidades de fuego; lo hace resplandeciente y encendido y lo pone como oro. Así es en nuestra alma, cuando recibe en si la operación del Espíritu Santo: éste la *penetra,* y por esta inhabitación del Espíritu Santo (1 Cor. 6, 19) adquiere el alma nuevas cualidades, una cierta *luz* y resplandor, que es lo que llamamos también gracia santificante.

¿Qué clase de gracia es la gracia santificante?

La gracia santificante es la gracia de las gracias, la gracia por excelencia; es aquel don perfecto,

aquel don superior a todos los dones, y sin el cual todos los dones son perdidos, porque sin la gracia santificante no hay salvación para el hombre.

La gracia santificante es un ser sobrenatural, un segundo ser que da Dios al alma que ama, muy superior al que la dio cuando la creó. Por eso el gran sabio y teólogo P. Astete la define en su Catecismo diciendo; "La gracia es *un ser divino* que hace al hombre hijo de Dios y heredero del cielo".

Es un ser *divino*, no porque sea parte de la divinidad (cosa imposible), sino porque es un ser tan excelente, que nada hay en todo lo creado que se asemeje más a la divinidad, ni participe más de ella; y tan grato a Dios, que sin él, ni el don de profecía, ni el de milagros, ni el de lenguas; ni algún otro, ni la fe, ni la esperanza, ni las demás virtudes, tienen mérito en su divina presencia.

La gracia es un "ser" divino, que viene a nosotros, algo que viene de Dios, "es como una luz cuyo resplandor borra las manchas de nuestra alma y le comunica una radiante belleza" (Con. Trento). Entonces Dios viene a vivir en nosotros, pues nos convierte en templo suyo, y nos transforma, nos cambia, como cuando viene la corriente eléctrica a la bombilla que la deja cambiada, brillante y resplandeciente.

Todos, a excepción de la Virgen María, nacemos con el alma manchada por el pecado original; y cuando uno se bautiza, Dios le da la gracia, que es como una luz que la purifica y embellece; y por esta gracia recibimos una nueva vida, vida divina, que sólo es propia de Dios. Por eso dice San Juan: *"Sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida"* (1 Jn. 3, 13).

Mientras uno vive en pecado mortal es, como ya indicamos, un cadáver ambulante, cumpliéndose en él el dicho: *"Tienes el nombre de viviente, pero en realidad estás muerto"* (Apoc. 3, 1); y cuando viene la gracia al alma, ésta pasa de la muerte a la vida.

¿Cuándo comienza en nosotros la vida de la gracia?

La vida de la gracia o vida sobrenatural comienza en el bautismo. Recordemos el diálogo que tuvo Jesús con Nicodemo. Este era un fariseo, miembro notable del Sanedrín, que fue a conversar de noche con Jesús.

El Salvador le dijo: "En verdad, en verdad te digo, nadie *como no naciere de nuevo,* puede ver el reino de Dios. Nicodemo preguntó: "¿Cómo puede nacer un hombre, siendo ya viejo? ¿Puede acaso retornar al seno de su madre para nacer nuevamente?. Jesús le contestó: "En verdad, en verdad te digo, nadie puede *como no renaciere del agua y del Espíritu Santo,* entrar en el reino de Dios" (Jn. 3, 5). En este coloquio de Jesús se trata de dos nacimientos distintos. El primero es según la carne: nacimiento natural, humano; el segundo, según el Espíritu Santo, en el bautismo, mediante la gracia santificante: nacimiento sobrenatural, divino.

Hemos, pues, nacido dos veces todos los cristianos. La primera vez nacimos de nuestros padres: ellos nos dieron la vida natural; la segunda vez, nacimos de Dios, por la gracia santificante: Dios nos dio la vida sobrenatural.

Según la doctrina católica, por el bautismo se nos quita el pecado original y los que uno tuviera al

bautizarse, y, quitado todo pecado, el alma queda embellecida con la gracia santificante; por esta gracia queda unida a Cristo como el sarmiento a la vid. De este modo podrá circular por el que la recibe una savia divina, la gracia santificante que nos hace hijos de Dios y vivir en amistad con El.

En resumen diremos: cómo se adquiere, cómo se pierde y cómo se recupera la gracia santificante:

1) La gracia santificante *se adquiere por primera vez* por el bautismo (o por la caridad perfecta con deseo de recibirlo).

2) *Se pierde* por el pecado mortal, pues por él se aparta el alma totalmente de Dios, ya que causa la muerte del alma.

3) *Se recobra la gracia santificante* mediante una buena confesión (o por un acto de contrición perfecta con el deseo de confesarse).

En mucho hemos de estimar los sacramentos por haber sido instituidos por Jesucristo como medios para obtener la gracia santificante.

Luis IX, rey de Francia, gustaba firmar "Luis de Poissy", agregando a su nombre el del lugar en que fue bautizado. En su sentir, la vida sólo había empezado con la gracia santificante. "No temo más que una sola cosa, decía, es el pecado mortal; sería la supresión de la vida recibida en Poissy, la única que me interesa".

Refiere el P. de Smet de Termonde, misionero en las Montañas Rocosas, que un anciano de 80 años, bautizado por él, comenzó a llevar, desde aquella fecha, una vida verdaderamente edificante. Dos años más tarde estaba agonizando. Cuando se le preguntó su edad, contestó: "Tengo solamente dos años. Mi vida empieza a contar desde mi bautis-

mo; los 80 años que precedieron, era una vida de muerte''. Por eso decimos que los que viven en pecado mortal, despojados de la gracia santificante, son cadáveres ambulantes, y ¡cuántos son los que andan por las calles de nuestros pueblos y ciudades!

¡Dichosos los que saben apreciar el valor de la gracia santificante!

¿Qué es la gracia santificante?

Propiamente ya hemos dicho qué es; pero conviene particularicemos algo más para una mayor inteligencia. Es cierto que si preguntamos: ¿en qué consiste exactamente la gracia santificante?, tendríamos que responder que no sabíamos decirlo, porque se nos presenta como un misterio. Muchos casos análogos tenemos en la naturaleza, vg. la electricidad. Sabemos que existe, pero no sabemos en qué consiste, y así sucede que si preguntamos a un ingeniero electricista, ésta será su contestación: la electricidad produce la luz eléctrica, nueve y levanta grandes pesos, hasta vagones y buques, la electricidad pone en marcha máquinas gigantes, comunica las noticas con la rapidez del relámpago, a distancias enormes.

Igualmente, de la gracia santificante, no es posible describir la naturaleza, pero sí los efectos. Por ellos, pues, conoceremos qué es, más antes de hablar de estos, demos una definición de la gracia con las explicaciones correspondientes a los términos en que la proponemos, y éstas van a ser con las palabras más o menos con que la expone M.M. Arami

en su libro "Vive tu vida", porque nos ofrecen gran claridad, y esto es lo que nos interesa a todos.

Definición de la gracia santificante

¿Qué es la gracia satificante? Es un *don sobrenatural, —interior— permanente, —que Dios nos concede—, por mediación de Jesucristo, —para nuestra salvación—.*

1) Es un don sobrenatural

La gracia santificante es un "don de Dios", es la vida sobrenatural del alma. Un día dijo Jesús a la mujer samaritana: "Si conocieras el *don* de Dios, y quien es el que te pide de beber, tu misma le hubieras pedido a El, y El te hubiera dado agua *viva"* ..."Quien bebe de este agua (del pozo de Jacob) volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le diere no tendrá jamás sed. El agua que yo le de se hará en él una fuente que salta hasta la vida eterna". (Jn. 4, 4-15).

Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba (Jn. 7, 37)... El agua viva de que nos habla Jesucristo es la gracia santificante, la que apaga la sed de los placeres terrenos...

El cristiano que vive en gracia, posee no sólo la vida vegetativa, sensitiva e intelectiva, sino la vida sobrenatural. Esta vida "sobrenatural" es algo añadido a la vida natural. El siguiente ejemplo nos lo aclara:

La borriquilla de Balam habló (Nún. 22; 2 Ped. 2, 16). Cuando Balam le pegó al animal le dijo: *"Por qué me pegas"*... Lo natural es que sintiese los palos del profeta, porque la sensibilidad le es pro-

pia. Pero ¡que un animal empiece a hablar! El lenguaje es algo añadido a su naturaleza, un algo *sobrenatural*. Así también la gracia santificante es algo añadido a nuestra naturaleza algo *sobre-natural* que comunica al alma una vida divina.

Este don de la gracia nos hace ángeles y nos asemeja a Dios. Ella aventaja a todos los bienes naturales: riquezas, honores, etc. Como dice el sabio: *"En comparación suya todo el oro del mundo no es sino arena, y la plata no es sino fango..."* (Sab. 7, 8-9).

2) *La gracia es un don interior, invisible...*

No es tu modo de vestir lo que me dice que estás en gracia, ni tu posición social, fortuna, carácter, modales distinguidos... Un hombre puede estar vestido de harapos y tener un alma bella, mientras otro que tuviste elegantemente tener un alma negra por el pecado.

3) *La gracia santificante es un don permanente...*

Reside en el alma mientras no se cometa un pecado mortal. Al morir desaparece la hermosura corporal, las dignidades, los honores, mas lo que tiene valor permanente ante Dios es el alma en gracia, y por ésta se salvará y será premiada.

Margarita de Cortona en sus mocedades, al no encontrar a su seductor, observa que la perrita que le acompañaba por todas partes se le acerca insistentemente. Dando unos aullidos lastimeros, el animalito se agarra al vestido de Margarita, y la obliga a seguirle. Al llegar junto a un montón de hojas, que separa con las patas, la perrita ladra.

Se acercó entonces Margarita y... ¿qué es lo que ve? El cadáver del que buscaba, ya en descomposición. Corren abundantes sus lágrimas, mas luego se convierten en llanto de arrepentimiento, y se dice:

"¡Insensata! ¡Aquí tienes lo que preferías a Dios!". Desde aquel día, convertida en penitente, se está, vestida de harapos, a las puertas de la ciudad, que escandalizó con su mala conducta, y pide perdón a todos los transeuntes.

Margarita ha comprendido que los bienes naturales pasan, mientras la gracia santificante permanece; recupera el estado de gracia, y concluye por ser una santa.

4) *La gracia santificante, Dios la concede para nuestra salvación*

Esta gracia difiere de los carismas: don de milagros, de profecía y de lenguas, concedidos para realizar la salvación del prójimo. La gracia, que se nos da para nuestra propia salvación, supera a todos estos dones, por cuanto estos pueden subsistir con el pecado mortal, y la gracia es incompatible con él. Escucha el himno de San Pablo a la caridad, compañera inseparable de la gracia: *Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tuviera caridad* —y por consecuencia la gracia santificante—, *no soy más que un metal que suena y un címbalo que retiñe.., nada soy* (1 Cor. 13).

5) *La gracia nos es dada por mediación de Jesucristo*

Jesucristo para enriquecernos de la gracia santificante, se encarnó y nació en un pesebre y pasó la vida oculta en Nazaret, y predicó el Evangelio, y padeció pasión ignominiosa aceptando el suplicio cruel de la cruz, como ya explicamos anteriormente. ¡Cuánto sufrió! y esto por mi, porque vivivese la vida de la gracia. Si preguntamos de nuevo: ¿Cuánto vale mi alma en estado de gracia? Contestaremos: ¡los sufrimientos, la sangre, la vida del Hijo de

Dios!... *Jesucristo ha lavado nuestros pecados con su sangre* (Apoc. 1, 5).

Belleza del alma en estado de gracia

Por el Espíritu Santo alcanza el alma una *gran belleza*. Así lo dice San Juan Crisóstomo: "El que recibe la gracia se cambia espiritualmente, como si un hombre estropeado y desfigurado por la enfermedad y la vejez, por un repentino milagro, recobrara el aspecto de su juventud y hermosura, y quedara adornado con la púrpura real y el cetro".

"La gracia santificante, nos dice el Catecismo de Trento, es como una luz cuyo resplandor borra las manchas del alma y comunica una radiante belleza".

San Bernardino de Sena llega a decir: "Aunque hubiese tantos cielos creados como gotas en el océano, toda su hermosura reunida no sería nada comparada a la de un alma es estado de gracia". ¿Por qué? Porque la belleza creada tiene límites mientras que la belleza del alma en estado de gracia participa de la infinita hermosura de Dios, y de Santa Catalina de Sena, se dice que Dios le reveló que le sería imposible ver un alma en estado de gracia, sin morirse de alegría.

El alma en estado de gracia tiene más limpidez que las aguas de los lagos tranquilos y que el azul de los cielos, más inmaculada blancura que los lirios más lozanos y las nieves más vírgenes; más armonía y proporción, más brillo y luz, más variedad, grata a nuestra vista, más encanto y gracia que las flores más vistosas, los cuerpos mejor hechos, los sitios

más admirados, las obras maestras más famosas" ("Le juste". F. Cuttaz).

Por la gracia, al ser expulsado el pecado, el alma queda embellecida y radiante de luz. Veamos la comparación con la bombilla eléctrica:

Es de noche y el cuarto está oscuro; coloco la mano sobre la llave, pero dejando cerrada la corriente. ¿Qué diremos de la lámpara eléctrica? Que ni tiene luz, ni calor, ni fuerza, ni alma: está muerta. ¿Para qué sirve? Para ser arrojada fuera, en el caso de que no hubiere de recibir algún día la corriente eléctrica. Igualmente el alma privada de la gracia santificante: queda la misma, pero hállase elevada a alma humana, y, por tanto, ningún papel desempeña en el orden sobrenatural en que debe vivir. De no tener que recibir la corriente divina de la gracia santificante, sólo valdría para ser arrojada al fuego eterno.

Más he aquí que establezco el contacto, dando así paso al fluido eléctrico. La oscuridad desaparece repentinamente, y al propio tiempo la lámpara se convierte en pequeño sol. La bombilla no ha cambiado de naturaleza, en absoluto; solamente su estado es distinto. Con todo te costaría trabajo el reconocerla; es ella y no es ella. Todo lo anteriormente dicho se verifica en el alma cuando recibe la gracia santificante: queda la misma, pero hállase elevada a un estado superior. La vida divina se sobrepone, en ella, a la vida humana, con eficacias y fuerzas nuevas.

De oscura, pasa a ser luminosa; de débil, fuerte; de natural, sobrenatural; de terrena, celestial; de humana, divina. No existe belleza alguna comparable a un alma en estado de gracia: las modernas ma-

ravillas mágicas de la luz eléctrica, dan de ella cierta idea, aunque muy inferior a la realidad.

En el punto en que la corriente eléctrica atraviesa la lámpara, produce doble efecto: ahuyenta las tinieblas y, a la vez, ilumina. Lo propio pasa con la gracia santificante. En el instante en que es infundida al alma, la justifica.

EFECTOS DE LA GRACIA SANTIFICANTE

1.° La gracia nos justifica

En el momento en que la gracia santificante entra en nuestra alma, ésta queda *justificada*, esto es, purificada de todo pecado, renovada y embellecida.

Para comprender debidamente en qué consiste esta gracia, conviene precisemos el concepto de la justificación según la doctrina protestante y la católica.

1) *Concepto de justificación en el protestantismo.*

"El punto de partida de la doctrina de Lutero sobre la justificación es la persuasión de que la naturaleza humana quedó completamente corrompida por el pecado de Adán y de que el pecado original consiste formalmente en la concupiscencia.

La justificación la concibe Lutero como un acto judicial o forense por el cual Dios declara justo al pecador, aun cuando éste siga siendo en su interior injusto y pecador... La justificación, según su faceta negativa, no es una verdadera negación, sino un lavado, digámoslo, así, exterior, o sea, una simple no-imputación o encubrimiento de los mismos.

Según su faceta positiva, no es una renovación o santificación internas, sino una mera imputación externa de la justicia de Cristo.

La condición subjetiva de la justificación es la fe fiducial, es decir, la confianza del hombre, que va unida con la certidumbre de su salvación, en que Dios misericordioso le perdona los pecados por amor a Cristo" (Lt. OTT. *Manual de Teología).*

Esta doctrina sobre el mero cubrimiento o no imputación de los pecados y de la imputación externa de la justicia de Cristo, fue condenada como herética en el Concilio de Trento.

2) *Concepto de justificación en el catolicismo.*

La "justificación" según la doctrina católica es el paso o traslado del estado de pecado en que nacen los hijos de Adán al estado de gracia y de adopción entre los hijos de Dios por medio de Jesucristo, Salvador nuestro (Dz. 796).

—Es traslación de muerte a vida (1 Jn. 3, 13), del estado de tinieblas al estado de luz (Col. 1, 3; Ef. 5, 8).

— Es, como dice el Concilio de Trento, una "santificación o renovación del hombre interior" y por ella el hombre se convierte "de injusto en justo y de enemigo en amigo de Dios".

— Es, pues, una renovación interior del alma mediante la infusión de la gracia santificante, la cual *nos purifica y santifica* (1. Cor. 6, 11). Con ella se verifica en nosotros *una regeneración, una renovación* (Ef. 4, 23), *un nuevo nacimiento* (Jn. 3, 3).

En consecuencia: La gracia santificante *purifica* el alma, borra los pecados mortales y la pena eterna, y no queda el pecado meramente encubierto, oculto, no imputado, sino que queda suprimido, des-

truido, aniquilado; deja de existir y ya no puede retoñar. La gracia además de purificar el alma, la renueva.

Preguntaba cierto penitente a San Francisco de Sales: "Padre mío, ¿qué pensáis ahora de mi, el mayor pecador del mundo? —Desde que Dios te ha perdonado, te veo radiante del resplandor de la gracia—. Pero sabéis bien lo que soy. —Eres lo que acabo de decir—. Al menos, sabéis lo que yo he sido; Padre, ¿qué pensáis de mi vida pasada? —Nada. En efecto, aparte de que ello no me es lícito, ¿por qué voy a parar mientes en cosas que están borradas, destruidas, olvidadas de Dios, y que ya no existen para El?".

La gracia santificante y el pecado mortal, son, pues, incompatibles en el alma. En aquel que está libre de pecado mortal, vive el Espíritu Santo; mas en el que está en pecado mortal, mora el mál espíritu.

Advertencias:

1.ª La gracia borra el pecado, nos purifica de toda mancha grave, pero hemos de saber que, aunque la gracia de Dios sane el espíritu del hombre, no por eso sana su carne en la que queda el estímulo del pecado, o sea, la concupiscencia. Por eso, aun en los grandes santos queda la inclinación a lo malo contra la cual hay que luchar hasta la muerte.

La concupiscencia, como dice San Agustín, puede disminuirse en esta vida, pero no aniquilarse. Esta se nos deja, para que conozcamos cuan pernicioso es el pecado y para que tengamos ocasión de ganar nuevos méritos para el cielo en la lucha contra nuestra naturaleza corrompida.

2.ª *La fe que nos salva,* no es la fiducial, sino *la fe dogmática,* que consiste en aceptar la persona Jesucristo y su doctrina creerla y aceptarla por la autoridad de Dios, que nos la revela.

Pues conviene saber, para mayor claridad, que los protestantes dicen basta creer en Dios, en el sentido de *tener confianza en su misericordia,* que ya satisfizo por todos, esto es, no es necesaria *la fe dogmática,* sino que basta *la fe fiducial.*

Ellos aducen estos textos: Rom. 4, 3 ss.; Mc. 9, 2; 1 c. 7, 50; 17, 19, etc; pero estos textos no excluyen la fe dogmática, que es indispensable para salvarse (Mc. 16, 16; Rom. 10, 17). La confianza en la misericordia divina es consecuencia necesaria de la fe en la verdad del Evangelio o revelación divina.

Además de la necesidad de la fe, la Escritura nos habla de otros actos dispositivos de fe, tales como *el arrepentimiento y la penitencia* (Ez. 18, 30; 33, 11; Hech. 2, 38; Mc. 1, 15), el *temor* y el *amor de Dios, la esperanza, etc.*

Confiemos mucho en Jesucristo, pero *después de creer y practicar* lo que nos dice en su Evangelio. "Cuando Dios revela, dice el Vaticano II, hay que prestarle la obediencia de la fe, asistiendo a la revelación hecha por El" (Véase mi "Breve Teología").

2.º La gracia nos hace partícipes de la divina naturaleza

Cuando el Espíritu Santo se infunde en nosotros, nos unimos íntimamente con Dios como el hierro que enteramente está penetrado por el fuego. El que tiene el Espíritu Santo, está tan unido con Cristo, como el sarmiento con la vid (Jn. 15, 5). Por el

Espíritu Santo nos hacemos partícipes de la naturaleza divina (2. Ped. 1, 4).

San León Magno, con persuasiva elocuencia, queriendo inculcar esta verdad en el alma de sus oyentes, les decía: "Conoce, cristiano, tu dignidad y, *hecho partícipe de la naturaleza divina,* no quieras volver a la vileza de tu antigua condición".

Pero conviene entendamos el *modo* con que la gracia santificante participa de la naturaleza divina, pues, como ya dijimos al definir la gracia recordando al P. Astete, que era un "ser *divino*", no porque sea parte de la divinidad (cosa imposible, porque entonces equivaldría a decir que el hombre es Dios, y sólo Jesucristo es Hijo *natural* de Dios), sino porque la gracia es un ser tan excelente que nada hay en todo lo creado que se asemeje más a la divinidad, ni participe más de ella.

Nosotros, pues, podemos decir que somos semejantes a Dios, según cierta analogía, o sea, en cuanto que Dios es el ser por esencia, y las criaturas lo son por participación. Por la gracia, como dice Santo Tomás, quedamos *divinizados.*

Cuando viene a nosotros el Espíritu Santo, hace como el bálsamo, que comunica su olor a los objetos que toca; como un sello que deja su figura en la blanda cera en que se imprime. "El hierro metido en el fuego, dice San Basilio, se hace ardiente como el fuego, y así queda el hombre trasformado por el Espíritu Santo"... Por eso los hombres son a veces llamados dioses (Jn. 10, 34; Sal. 82, 6).

Cuando un rayo de sol hiere un limpio cristal, lo pone claro y brillante como el mismo sol; así hace el Espíritu Santo, rayo de luz de la divina Esencia, cuando entra en nuestra alma, haciéndola *semejan-*

te a Dios, santa y celestial (Schmitt). El demonio y el primer hombre ambicionaron ser como Dios, pero sin El y contra El (Scheeben). Por el Espíritu Santo nos hacemos semejantes a los ángeles, pues también en ellos mora el Espíritu Santo (S. Basilio).

3.º La gracia nos hace hijos de Dios

Todos los que son movidos por el Espíritu divino son hijos de Dios. Ser contados entre los *hijos de Dios* es el mál alto honor. No hemos recibido el espíritu de servidumbre, sino el de hijos, con que clamamos: *¡Abba!* (Padre) (Rom. 8, 14-15). Mas si somos hijos de Dios, también sus herederos: *herederos* de Dios y coherederos de Cristo (Rom. 8, 17).

Los hijos tienen derecho a pretender la herencia de su padre. Sabemos que *"cuando se disuelva esta habitación terrena* (de nuestro cuerpo) *tenemos otro edificio de Dios, una casa no hecha con manos, sino eterna en el cielo"* (2 Cor. 5, 1). *"Ved cuán grande es el amor que Dios tiene, pues que ha querido no sólo que seamos llamados hijos, sino que los seamos"* (1 Jn. 3, 1).

Hijos de Dios, no cabe duda que lo somos por adopción, pues Dios tiene sólo un Hijo por naturaleza: la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Sin embargo, nuestra filiación divina, mediante la gracia santificante, es superior a *la adopción humana o legal*.

Cuando un hombre adopta a un hijo, le da su nombre, sus títulos, su herencia; más no puede infundirle su sangre. Dios no se limita a darnos un título y ciertos derechos a una herencia, sino que nos hace partícipes de su propia naturaleza y de su vida

propia. La gracia santificante nos hace nacer, *"no de sangre humana", ni de voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino de Dios"* (Jn. 1, 18).

Por la gracia recibida en el bautismo nos hacemos *hijos adoptivos...* y así con toda razón podemos llamar a Dios: "Padre nuestro".

La gracia es semilla de vida eterna. "La gracia y la gloria, dice Santo Tomás son del mismo género, porque la gracia no es otra cosa que el comienzo de la gloria en nosotros... y la gracia que nosotros poseemos aquí abajo contiene un germen todo lo que es necesario para la gloria, como la semilla del árbol contiene todo lo que es necesario para que llegue a ser árbol perfecto".

4.° La gracia nos hace amigos y hermanos de Cristo

Entre Cristo y nuestra alma en gracia se establece una amistad sobrenatural e íntima, no pasajera, sino permanente mientras detestemos el pecado y éste no anide en nuestras almas.

Vosotros, dice el Señor, *sois mis amigos si hacéis lo que os mando* (y lo que nos manda es que guardemos sus mandamientos para vivir en gracia)...

Ya no os llamaré siervos, sino amigos (Jn. 15, 14-15).

Por la justificación, dice el Conc. de Trento, "el hombre se convierte de enemigo en amigo de Dios" (Dz. 799).

El mismo Cristo nos llama "hermanos suyos", y así dice San Pablo: *A los que son santificados, Jesucristo no desdeñó llamarlos hermanos* (Heb. 11, 11) y a la Magdalena dijo: *"Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre* (Jn. 20, 17). *El es*

el primogénito entre muchos hermanos'' (Rom. 8, 29).

De lo dicho se deduce que Jesucristo es nuestro hermano mayor y nosotros sus hermanos menores, que compartimos con El la herencia paterna, y ese Hermano mayor ha muerto libremente por nosotros. El nos dice: *¡Tened confianza, soy Yo, nada temáis!* (Mc. 6, 50). ¡Tened confianza! Sí, pongamos en Jesucristo toda nuestra confianza especialmente en lo que respecta a nuestra salvación y a nuestros sufrimientos...

Reflexionemos: ¿Por qué vino Jesucristo a este mundo? ¿Por qué padeció y murió?... Por conseguir nuestra salvación.

— Son mis pecados demasiado grandes y demasiado numerosos—. Mira a Pedro, a Magdalena, a la mujer adúltera, el buen ladrón, y ten esperanza como estos penitentes en la misericordia de tu Hermano-Dios.

— He cometido demasiados pecados—. ¿Los has confesado con arrepentimiento y sinceridad? En este caso. ¡cobra esperanza! En el cielo no está solo para quienes conservaron la inocencia, sino también para los que la recuperaron tras haberla perdido.

Jesucristo vino a salvar a los pecadores (1 Tim. 1, 15)... y si nos toca sufrir ¿no ha de ser un honor para nosotros el estar asociados al misterio de la Redención?... Confiemos en Jesús, nuestro Salvador y en su Providencia: *''Buscad primero el reino de Dios y su justicia* (es decir, vivid en estado de gracia), *y todo lo demás se os dará por añadidura''* (Mt. 6, 31-34).

5.º Por la gracia somos templos de Dios

1) *Somos templos del Espíritu Santo.* San Agustín nos dice: "El Espíritu Santo mora, en primer lugar, en el alma del justo y le da la verdadera vida; mas como el alma está en el cuerpo, también él se hace habitación del Espíritu Santo".

El Espíritu Santo mora en toda alma en estado de gracia y en ella permanece mientras no se expulse por el pecado mortal, y así dice el apóstol: *¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo habita en vosotros?* (1 Cor. 3, 16).

La Iglesia nos dice que El es el "dulce huesped de nuestra alma". La Escritura nos exhorta a que *no apaguemos el Espíritu* (1 Tes. 4, 19) por el pecado mortal, y a que *no le entristezcamos* por el pecado venial.

2) Somos templos de la Santísima Trinidad. San JUan hace esta afirmación: *Si alguien me ama* (esto es, si cumple sus mandamientos y está en gracia), *vendremos a él* (¿quiénes?, las tres divinas Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que sólo hacen un Dios), *y estableceremos nuestra morada dentro de él* (Jn. 14, 23).

Y ¿cómo está en nosotros? Está como *Creador,* al igual que está en todas las cosas, dándonos el ser, y está como *Conservador*, porque nos comunica la conservación de la existencia..., y especialmente como *Santificador.* ¡Bello pensamiento para nosotros en las horas de tentación, de abandono, de soledad! *¡Nunca estamos solos!*

En el Padrenuestro decimos: "Que estás en los cielos; los cielos son en la tierra, dice San Agustín, los justos, porque Dios mora en ellos".

Efectos del pecador mortal

El pecado mortal es el mayor de los males, pues se opone a nustro último fin, porque nos hace perder la gracia santificante. "El bien de la gracia de una sola alma, dice Santo Tomás, vale más que el bien natural de todo el universo". ¿Qué diremos, pues, de la pérdida de esa gracia por el pecado mortal? Es mayor que la pérdia de cuanto existe de valioso en la naturaleza.

Recuerda la comparación de la bombilla eléctrica: el pecado mortal, cortando la corriente hace que se apague la lámpara. Recuerda la de la vid: el pecado mortal, inpidiendo la subida de la savia, causa la muerte a la rama.

1) La gracia santificante infunde en el alma la vida *sobrenatural, divina*. El pecado mortal, en cambio, suprime dicha vida, mata al alma; a los ojos de los hombres, pareces un viviente, a los de Dios eres un cadáver.

2) La gracia santificante hace el alma *justa o santa, grata a Dios*. En cambio, el pecado mortal afea el alma sobremanera ante Dios.

3) La gracia santificante nos hace *templos del Espíritu Santo y de la Santísima Trinidad*. Por el contrario, el pecado mortal expulsa a Dios de nuestra alma.

4) La gracia santificante nos hace *hijos de Dios; hermanos, amigos y miembros vivos de Jesucristo, hijos de María, hermanos de los santos*... Por el contrario, el pecado mortal nos hace enemigos de Dios y esclavos del demonio.

5) La gracia santificante nos hace *herederos del*

cielo. El pecado mortal, en cambio, nos hace dignos de las penas del infierno.

6) La gracia santificante habilita el alma para realizar *obras meritorias*. El pecado mortal causa la pérdida de los méritos adquiridos...

7) La gracia santificante da *paz y alegría*. El pecado mortal, al contrario, atormenta al alma, la desgarra por el remordimiento.

Tales son los efectos del pecado mortal. En cuanto a las obras buenas, realizadas en estado de pecado mortal, no son en sí inútiles, y pueden lograr ventajas temporales y la gracia de la conversión... Así se entiende que un hombre sin fe ni ley prospere en este mundo: lleva a cabo obras buenas, y como Dios no puede premiárselas en la otra vida le otorga su recompensa acá abajo. Así se explica también que un hombre de esa índole se convierta: sus buenas obras han sido poderosas a conseguirle la gracia de la conversión.

Después de lo que va dicho, hácese cómoda la contestación a la siguiente pregunta: ¿Quién es verdaderamente rico, quién es pobre de veras? Es rico, el hombre en estado de gracia, es pobre, el pecador. (Ved M. M. Arami).

Unas preguntas:

1.ª ¿Qué se requiere para vivir en estado de gracia? Guardar los mandamientos. ¿Esto es difícil? No; sus mandamientos nos son pesados (1 Jn. 5, 3). Al contrario, pesado es el yugo de los pecadores...

2.ª ¿Estás vivo? Hablemos más claramente: ¿estás en estado de gracia? Si vives, ¡que Dios te conserve esa tu vida! Si te encuentras en estado de pecado mortal, no continues en él ni un segundo más. Pronto antes de proseguir leyendo, haz un acto de

contrición perfecta, con la promesa de confesarte cuanto antes. Y recuperarás la vida.

Para conservar la gracia santificante

¿Cómo se conserva la gracia santificante? Evitando el pecado mortal. Los medios principales para evitarlo son:

1.° *El recuerdo de las postrimerías.* Morirás una sola vez. Puedes morir después del primer pecado mortal. Este que vas a cometer, ¿quién te dice que no será el último? Y si esto sucediere, ¡qué pérdida, por un placer pasajero, qué dolores durante una eternidad! *"Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás"* (Eclo. 7, 40).

2.° *La huida de las ocasiones próximas*, o sea, de cualquier circunstancia exterior, persona, cosa o lugar que nos lleva al pecado mortal de ordinario.

San Bernardino de Sena afirma que es mayor milagro el no pecar, habiéndose expuesto a la ocasión, que el resucitar a un muerto; ahora bien, Dios no realiza esta clase de milagros. Oigamos lo que dice San Francisco de Asís: "Sé lo que debería hacer, más ignoro lo que haría, si estuviese expuesto a la ocasión".

El mismo Espíritu Santo nos dice que *quien ama el peligro, perecerá en él* (Ecl. 3, 27).

Deben evitarse las malas lecturas, cuadros obscenos, las males compañías y familiaridades con personas de distinto sexo y los placeres mundanos... "La tierra y la lluvia, dice San Juan Crisóstomo, son cosas excelentes, pero mezcladas hacen barro"...

3.° *La mortificación.* Hay que mortificar los sentidos del cuerpo y las potencias del alma. Mortifica tus ojos. "Los demás sentidos son las ventanas del alma, dice San Agustín, pero los ojos son sus puertas". No te está prohibido al ver, pero sí el mirar, el fijarte en objetos peligrosos. Jóvenes, mirad a todas las doncellas como miráis a vuestra hermana, y a todas las mujeres como a vuestra madre. Mortifica tu mente y tu corazón, en sus afecciones demasiado sensibles, aunque sean sobrenaturales, pues "empiezan por el espíritu y vienen a parar en la carne" (Gál. 3, 3).

4.° *La huida de la ociosidad.* El agua corriente es limpia y pura; el agua estancada es turbia y cuajada de materias corrompidas. Se asemeja el perezoso al agua estancada... La ociosidad es madre de todos los vicios...

5.° *La oración.* Bien hecha, te conseguirá de seguro evitar el pecado mortal. *Pedid y recibiréis.* Repites en el Padrenuestro: *"No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal";* si se lo pides de corazón, Dios no consentirá que le ofendas gravemente.

La tentación no es pecado, es instigación al mal; la puerta del pecado es el consentimiento. Para vencer la tentación: *Velad y orad*, dice nuestro Señor.

6.° *Frecuencia de los sacramentos.* La *confesión* te logra gracias actuales especiales para expiar los pecados y para no recaer en ellos y te proporciona los consejos del confesor...

La *comunión* te consigue gracias especiales encaminadas a disminuir la concupiscencia, resistir a las tentaciones y evitar el pecado. *Este es pan que*

desciende del cielo, para que nadie muera (Jn. 6, 50) por el pecado mortal.

LA SANTA MISA. Debes oirla con frecuencia, y no conformarte con asistir a ella los domingos, pues es la principal de todas las devociones, por ser el sacrificio de la Misa el mismo que el de la cruz, y en ambas es el mismo sacerdote y la misma víctima; solamente existe diferencia en el modo de ofrecer el sacrificio (véase mis libros: *"La Santa Misa explicada"* y *"La Eucaristía")*.

La Misa, pues, tiene un valor infinito, si bien su aplicación, por voluntad expresa de la Providencia, se hace de un modo infinito. Pensaríamos más todos en al excelencia de la Misa, si entendiéramos esta frase sublime de Bossuet: "Todos los días, en nuestras iglesias, es Viernes Santo".

Tengamos siempre presente los fines de la Misa. ¿Para qué se ofrece?

1.° *Para adorar a Dios: sacrificio latréutico*. Siendo Dios creador y Dueño Soberano, debemos adorarle. En la Misa, Cristo es quien inmola por nosotro y, en nuestro lugar, adora a Dios. Por eso la Misa es una adoración de valor infinito.

2.° *Para agradecer a Dios sus beneficios: sacrificio eucarístico*. Dios nos ha colmado de sus innumerables beneficios, así en el orden de la naturaleza como en el de la gracia; debemos, pues, darle gracias. En la Misa, Cristo es quien se inmola por nosotros y, en nuestro lugar, da gracias a Dios. Luego es la misma un hacinamiendo de gracias de infinito valor.

3. *Para satisfacer por nuestros pecados: sacrificio propiciatorio*. Hemos ofendido a Dios; debemos, por consiguiente, pedirle perdón, expiar nues-

tros pecados y penas temporales. En la Misa, Cristo es quien se inmola por nosotros y, en lugar nuestro, da satisfacción a Dios. Luego es la Misa una expiación de valor infinito. Propiamente, ahora no expía, porque es impasible, pero mediante la Misa *aplica* las satisfacciones infinitas del sacrificio de la cruz. Si ahora no nos castiga por la impiedad e inmoralidad reinante, es porque cada día y cada hora se inmola en el altar y aplaca la ira del Padre y desarma su brazo pronto a castigar.

La Misa ahora borra nuestros pecados mortales, de un modo indirecto, en cuanto nos consigue la gracia de la contrición y de una buena confesión...

4. *Para pedir las gracias que necesitamos: sacrificio impetratorio.* Necesitamos numerosas gracias para el cuerpo y el alma, para nosotros y los demás. En la Misa, Cristo es quien se inmola por nosotros y reza en lugar nuestro. Luego es la Misa un oración de infinito valor.

¡Es que no se rezar! Si esto me dices, te diré: Vete a Misa, que Cristo rezará por ti, y será tu oración la oración omnipotente de Cristo.

La mejor manera de oir la Misa es unirte con la intención al sacerdote y seguir atentamente cuanto se hace en el altar, en especial durante las partes principales de la Misa.

7.° *La devoción a la Santísima Virgen.* "Es imposible, moralmente hablando, que un verdadero devoto de María se condene". Esta expresión es de San Alfonso María de Ligorio, y en forma parecida lo dicen otros muchos santos.

La Virgen María por ser "Madre de Dios" es superior a todo cuanto existe. Sólo Dios es superior a Ella. Y nosotros la llamamos "Madre nuestra" por-

que la gracia santificante nos hace miembros de Cristo. El Cristo total, el cuerpo místico de Cristo se compone de una Cabeza que es El, el Cristo personal, y de miembros que somos nosotros. Si María es Madre de la Cabeza será Madre de los miembros, Madre nuestra. Ella es Madre de Cristo según la naturaleza, y es Madre nuestra según la gracia.

Negábase cierto penitente a confesarse, llevado de la desesperación y espantado por su vida llena de graves pecados. Acude San Vicente de Paúl, y le dice: "Amigo mío, sabiendo que Jesucristo murió en cruz por usted, ¿duda de su misericordia? —Quiero morirme como réprobo por desagradar a Jesucristo—. Y yo quiero arrancarle a usted de la condenación, por alegrarle", Enseguida invitó a los asistentes a que dijeran el Avemaría, a fin de obtener, por mediación de María, la conversión del pecador obstinado... Y he aquí que se mueve el corazón del desgraciado, quien se confiesa y muere consolado.

Todo nos viene por María, dice San Bernardo. En efecto, si Cristo nos rescató del pecado, se lo debemos a su consentimiento. Eva fue medidora de ruina; es María mediadora de gracia... y desde lo alto del cielo, continúa ahora siendo nuestra medianera... Ella nos dio al Autor de la gracia.

"No hay gracia que descienda del cielo a la tierra sin pasar por las manos de María" (San Damián).

"Por ella viene al mundo todo cuanto sale del cielo respecto a las gracias" (San Ambrosio).

"Toda gracia llega a los hombres por tres grados perfectamente ordenados: Dios la comunica a Cristo; de Cristo, pasa a la Santísima Virgen; de las ma-

nos de María, desciende hasta nosotros'' (San Bernardino de Sena).

La devoción a María es prenda de salvación... (Véase mi libro: LA VIRGEN MARIA a la luz de la Biblia).

Vivamos con la esperanza del cielo

¿Qué es el cielo? La florescencia de la gracia... La gracia santificante de este mundo se transforma en gloria en el otro. ''La gracia y la gloria, dice Santo Tomás, pertenecen al mismo género''. La gloria del cielo no es sino el desarrollo de la gracia santificante actual.

La gracia y la gloria vienen a ser lo mismo. El bien logrado por ambas es el mismo: Dios; idéntica es la vida de la gracia y de la gloria: Dios. Si te hallas en estado de gracia, posees el cielo en la tierra, porque el cielo es Dios, y Dios reside en tu alma. Tiene que alentarte el pensamiento del *cielo venidero*; pero, al mismo tiempo, ha de consolarte el pensamiento del *cielo presente*.

Llegó el día en que San Bernardo y sus tres hermanos debían de cumplir el voto que hicieron de consagrarse a Dios en la vida religiosa. El mayor, al encontrar a su hermano menor, Nivardo, jugando con otros niños en la carretera, díjole: ''Nivardo, nos marchamos, dejándote todas nuestras tierras y nuestro bienes todos. No es justo el reparto, contestó Nivardito, me dejáis la tierra, y escogéis el cielo''.

Poco después siguió el ejemplo de sus hermanos. ¿Pensaba el bueno de Nivardito que, hasta en medio de sus tierras, llevaba muy realmente, merced a

la gracia santificante, el cielo dentro de sí? ¿Lo tienen presente los cristianos que viven en estado de gracia? Pensemos más en el cielo donde está nuestra morada eterna. Lo de este mundo nada dura. Hoy eres joven y gozas de buena salud, ¿pero mañana? Mañana es la edad madura, luego la vejez, la enfermedad, la muerte.

"El tiempo es breve, el aspecto de este mundo pasa rápidamente", nos dice el apóstol (1 Cor. 7, 29 y 31). Al considerar esta brevedad del tiempo y las miserias de este mundo, San Ignacio de Loyola, repetía con el deseo de desprenderse de él: "¡O!, ¡cuán vil me parece la tierra, cuando miro al cielo!". Este pensamiento nos consuela en las penas que podamos sufrir, porque uno dice con San Francisco de Asís: "El bien que espero es tan grande, que toda pena se me convierte en placer", o bien, con San Pablo: *"Nada son los sufrimientos de la vida presente, comparados con la gloria que nos espera en el cielo"* (2 Cor. 4, 17). (Sobre el cielo pueden verse estos mis libros: *"¿Existe el cielo?"*. *"Somos peregrinos"*y *"Vamos de camino").*

Terminaré diciendo: Seamos fieles a la divina gracia y la sepamos apreciar. La gracia es la voz de Dios que nos llama: ¿Con qué afecto y docilidad debemos escucharla?: *"Hoy, si ois la voz de Dios, no endurezcáis vuestro corazón en la maldad"* (Sal. 95, 8)... Estemos dispuestos a oir la voz de Dios, que nos habla de diversas maneras ya por la Biblia, por el magisterio de la Iglesia, por los diversos acontecimientos... *Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha* (1 Sam. 3).

La gracia es el precio de la sangre de Dios, y el fruto de su muerte; pues si es el precio de la sangre

de Dios, ¡qué gran valor tendrá! ¡Qué estimación deberemos hacer de ella! Si es el fruto de su Pasión y muerte ¡qué virtudes tendrá! ¡Qué cuidado debemos tener de no dejarla perder!

No olvidemos que la gracia es el principio de todos nuestros méritos, el origen de todas nuestras virtudes, y la semilla de nuestra eterna bienaventuranza. *¡Vive en gracia! ¡No seas cadáver ambulante!*

¡Laudetur Iesuschristus!
¡Alabado sea Jesucristo!

INDICE

— LA GRACIA. Doble vida.
— La gracia es un don sobrenatural.
— Qué hizo Jesucristo para merecernos la gracia santificante?
Primera parte: LA GRACIA ACTUAL.
— ¿Qué es la gracia actual?
— El Espíritu Santo es el distribuidor de las gracias.
— ¿Para qué necesitamos la gracia del Espíritu Santo?
— La gracias actuales.
— ¿Cómo obra el Espíritu Santo sobre nosotros?
— Libertad del hombre bajo la acción de la gracia.
— Cooperación con la gracia.
— Dios da a todos la gracia actual.
— Necesidad de la gracia actual.
HABITUAL O SANTIFICANTE.
Segunda parte: LA GRACIA HABITUAL O SANTIFICANTE.
— Importancia de este tema.
— ¿Qué clase de gracia es la gracia santificante?
¿Cuándo comienza en nosotros la vida de la gracia?
— ¿Qué es la gracia santificante?
— Definición de la gracia santificante.
— Belleza del alma en estado de gracia.
— EFECTOS DE LA GRACIA SANTIFICANTE.
1.° La gracia nos justifica.
2.° La gracia nos hace partícipes de la naturaleza divina.
3.° La gracia nos hace hijos de Dios.
4.° La gracia nos hace amigos y hermanos de Jesucristo.
5.° Por la gracia nos hacemos templos de Dios.
— Efectos del pecado mortal.
— Para conservar la gracia santificante.
— Vivamos con la esperanza del cielo.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia Explicada (para mejor entenderla)
La Biblia Ilustrada Compendiada
La Biblia más Bella
La Biblia a tu alcance
Curso Bíblico Práctico
Catecismo de la Biblia
Historia Sagrada o de la Salvación
Nuevo Testamento Explicado, con 4 índices: general, alfabético, teológico y errores de las sectas. (Es completo, con versión original)
Tesoro Bíblico, Teológico
Evangelios y Hechos Ilustrados
Jesús de Nazaret
Dios te Habla (libro bíblico)
El Catecismo Ilustrado
El Catecismo más Bello (Primera Comunión)
El Catecismo Conciliar, en 10 tomitos
Tesoro del Catequista: Astete explicado
El Matrimonio (Preparación y cómo vivirlo)
Bautismo y Confirmación
Catequesis Bíblicas
¿Existe Dios?
¿Existe el Infierno?
¿Existe el Cielo?
¿Quién es Jesucristo?
¿Quién es el Espíritu Santo?
¿Por qué no te confiesas?
¿Por qué no vivir siempre alegres?
¿Seré Sacerdote?
Para ser Santo
Para ser Sabio
Para ser Feliz

Para ser Apóstol
Para ser Católico Práctico
La Buena Noticia
La Caridad Cristiana
La Bondad de Dios
La Santa Misa explicada
La Virgen María a la luz de la Biblia
La Penitencia, qué valor tiene
La Formación del Corazón
La Formación del Carácter
La Reforma de una Parroquia
La Matanza de los Inocentes (aborto y divorcio)
La Senda Desconocida (La virginidad)
La Cruz y las cruces de la vida
La Religión Verdadera y las diversas sectas
La Edad de la Juventud
Los Diez Mandamientos ¿Qué valor tienen hoy?
Los Grandes Interrogantes de la Religión
Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia
Los Testigos de Jehová
Los Males del Mundo
Los Últimos Tiempos
El más Allá
El Diablo anda suelto
El Valor de la Oración
El valor de la fe cristiana
El Padrenuestro, la mejor Oración
El Pueblo pide Sacerdotes Santos
El Dios Desconocido
El Camino de la Juventud
El Niño y su educación
El Mundo y sus peligros
El Sagrado Corazón de Jesús

Diccionario de Espiritualidad
Historia de la Iglesia
Vida de San José
Pedro, Primer Papa
Flor de un Convento
Florilegio de Mártires
Somos Peregrinos. Estamos aquí de paso
Vamos de Camino
Tu Camino (Vocacional)
Misiones Populares
De Pecadores a Santos
Pecador, Dios te espera
Joven, Levántate
Tu Conversión; no la difieras
Siembra el bien
Lágrimas de oro, o el problema del dolor
No pierdas la juventud
Siguiendo la Misa
Visitas al Santísimo (para cada día del mes)
Hablemos con Dios (visitas al Santísimo)
Dios vive entre nosotros (Eucarístico)
Las Almas Santas
Errores Modernos (comunismo, socialismo marxista)
Marxismo o Cristianismo
Doctrina Protestante y Católica
Salmos y cánticos comentados conforme el Breviario
La esperanza en la otra vida
La Eucaristía. ¿Para qué oir la Misa?
La educación sexual. ¿Qué decir de la masturbación?
Sepamos perdonar
Vive en gracia
Valor de la limosna